

Recensiones y discusiones

La tradición literaria sobre los orígenes de Roma. Comentario a Jacques Poucet, *Les origines de Rome. Tradition et histoire*, Bruxelles, Publications des Facultés universitaires Saint-Louis, 1985, 360 págs. ISBN 2-8028-0043-4.

Cuando el libro objeto de este comentario llegó a mis manos, la primera impresión que me produjo fue de sorpresa —y agradable sorpresa, tengo que precisar—, pues aunque ya conocía muy por encima el proyecto del profesor Poucet, la originalidad del mismo no puede dejar de ser percibida tras una rápida lectura del índice. En efecto, no nos encontramos ante una obra más sobre los orígenes de Roma, en la cual se expongan nuevas opiniones o un estado de la investigación en el momento actual, estudios que por otra parte nunca se han de despreciar ante la enorme complejidad que reviste este apasionante tema. Además, el libro de Poucet no es solamente original en el planteamiento y en la idea general que persigue, aspectos de los que me ocuparé inmediatamente, sino también por la honradez y valentía profesionales que el autor demuestra continuamente, haciendo gala merecida de una independencia y libertad de pensamiento que necesariamente han de subyacer en todo trabajo de investigación histórica, por desgracia demasiado atenazado en la actualidad por las imposiciones dogmáticas de las diferentes corrientes, escuelas y en ocasiones también personas que coartan y predisponen al investigador en su tarea cotidiana. Sin embargo, el tema no es totalmente nuevo en la obra de Poucet, quien en la primera parte de su artículo «Archéologie, tradition et histoire: les origines et les premiers siècles de Rome», *LEC*, XLVII, 1979, 201-214, adelantaba aspectos sustanciales de su pensamiento que ahora desarrolla con total amplitud.

El contenido de este libro se encuentra en gran medida concretado en su subtítulo: *Tradition et histoire*. El autor lo define en las primeras páginas de introducción como «un ouvrage de réflexion sur la tradition en tant que source historique» (p. 10). Trata pues exclusivamente de la tradición literaria sobre los orígenes de Roma, marcando un límite cronológico en el advenimiento del primer monarca etrusco de Roma, Tarquinio Prisco, y comprendiendo asimismo el pasado heroico y mitológico de los latinos, es decir desde Evandro hasta Anco Marcio ambos inclusive.

La obra se estructura en dos grandes partes. En la primera de ellas se aborda el problema de la historicidad de la tradición, como reacción a la tendencia excesivamente historicista que se observa en determinados sectores de la investigación actual. La respuesta a la pregunta si la tradición analítica contiene un fundamento histórico, es para Poucet totalmente negativa, conclusión a la que llega mediante un proceso que consta de dos fases. La primera se centra en el análisis de la propia tradición considerada en sí misma, esto es de las características de su formación, que hasta la redacción de la obra de Fabio Pictor no encuentra su constitución definitiva, ya que a partir de ese momento las variaciones que se detectan son tan sólo de detalle, sin alterar apenas la uniformidad que se mantiene en los analistas posteriores. A la vista de estas características fundamentales de la tradición (enorme espacio de tiempo entre los primeros escritos históricos y los acontecimientos que narran, las particulares condiciones de transmisión, etc.), el problema debe plantearse entonces en los siguientes términos: la tradición no es válida para establecer su propia historicidad, por lo cual debemos recurrir a elementos externos para poder demostrarla.

Este enunciado sirve de punto de arranque para la segunda fase que antes mencionaba, en la cual se busca la aportación de los datos proporcionados por otras disciplinas para la confirmación del relato tradicional. Así, Poucet acude a la lingüística (etimología, toponimia, antroponimia), a la historia de la religión, al derecho (instituciones políticas y sociales), a la mitología comparada, a la etnología y finalmente a la arqueología, y el resultado de esta encuesta es negativo como ya se anunciaba, puesto que resulta totalmente «imposible de démontrer l'historicité d'éléments précis du récit traditionnel, d'Evandre à Ancus Marcius» (p. 161). La conclusión final de esta primera parte se deja sentir con facilidad: la tradición no es un conjunto histórico, sino el resultado de construcciones y manipulaciones artificiales, características en definitiva de los relatos legendarios, y en consecuencia, metodológicamente hablando, se impone pues la necesidad de abordar la tradición como lo que verdaderamente es, sin ningún intento de utilización historicista.

La segunda parte del libro se centra en el análisis de la tradición como materia no histórica, presentándose como una justificación del autor sobre la postura que ha adoptado en el capítulo anterior. Este análisis se desarrolla en tres apartados, en los que se trata de responder respectivamente a cuestiones de composición, de evolución y de significación. El primero se centra en los componentes de la tradición analítica, es decir en aquellos elementos que han ocupado el lugar que en principio le correspondía a la auténtica historia, totalmente ausente en el relato tradicional. En esta línea, Poucet analiza en primer lugar el legado indo-europeo presente en la conciencia romana, para lo cual parte de los estudios de G. Dumézil, creador de este método y descubridor de la más que hipotética ideología trifuncional subyacente en casi todas las estructuras de los pueblos indo-europeos. Poucet se muestra partidario de la doctrina «duméziliana» y admite que muchos episodios de la tradición romana responden en última instancia a la influencia de esta ideología, fundamentalmente el propio esqueleto del relato tradicional. A continuación entran en liza los aspectos etnográficos que aparecen en la tradición, motivos que son considerados universalmente como patrimonio de todos los pueblos que se encuentran a un nivel de desarrollo similar: el antiguo pueblo romano no puede ser una excepción al respecto y así muchos elementos de su historia más antigua se explican en clave folklórica, sobre todo los relatos referentes al héroe fundador Rómulo. En tercer lugar destaca Poucet las influencias griegas, cuya incidencia sobre la formación de la tradición es de reconocida importancia y tan evidente que no necesita lógicamente ulteriores

explicaciones. Finalmente se consideran lo que Poucet denomina los «enriquecimientos romanos», es decir la propia intervención de los analistas, realizada de manera consciente y sin tener en cuenta criterios fundamentales para el historiador, expresión en definitiva de la manipulación de los datos por parte de los analistas en razón a determinados intereses ideológicos: así entran en este capítulo por una parte la preocupación de los antiguos por explicar ciertos datos (instituciones, monumentos, topónimos, etc.) que en la mayoría de las ocasiones les conduce al más lejano pasado, para así recalcar la antigüedad del hecho en cuestión; por otra las anticipaciones hitóricas, esto es la voluntad de situar en una época anterior acontecimientos que en realidad corresponden a un momento más reciente.

La tradición no es algo estático, sino por el contrario extraordinariamente vivo, poseedora de un dinamismo tal que, como bien señala Poucet en el segundo capítulo de este segundo apartado, todavía en la actualidad podemos encontrar reelaboraciones de la misma. Este capítulo trata precisamente de la evolución de la tradición, aspecto ciertamente importante, pues a través de sus diferentes manifestaciones nos muestra la actitud de los antiguos romanos frente a su pasado y los intereses ideológicos que les impulsaron en unos casos a aceptarlo tal cual les llegaba («*motifs classés*») o por el contrario a manipularlo con total libertad («*motifs libres*»). Este fenómeno se percibe a través de las diferentes versiones existentes sobre un mismo hecho y sobre todo mediante el mecanismo de la amplificación, desarrollado con fines muy diversos. Según Poucet la evolución de la tradición es solamente perceptible en la fase posterior a Fabio Pictor, cuya intervención es considerada decisiva para explicar esa uniformidad que en general se observa en el núcleo del relato tradicional.

Finalmente, en el último capítulo de su libro y bajo el epígrafe *Questions de signification*, Poucet se enfrenta a la siempre delicada tarea de analizar el sentido profundo de los motivos que aparecen arraigados en la tradición, destacando el cambio de mentalidad que se va operando en los propios romanos y las diferentes actitudes ante diversos hechos según la época en que se sitúa el historiador. Este problema es especialmente difícil para aquellos motivos que pertenecen al fondo más antiguo de la tradición, ya que, como bien dice el propio Poucet, carecemos lógicamente de testigos que nos revelen los móviles que les ha llevado a incluir tal o cual elemento.

Las conclusiones que presenta Poucet al final de su libro reafirman aquellas que se expresaban al término de la primera parte, señalando además una propuesta metodológica para la investigación sobre los orígenes de Roma. Fundamentalmente se destaca de nuevo y con firmeza el carácter absolutamente artificial de la tradición, que en ningún momento puede considerarse como vehículo de historia auténtica: hay que modificar pues, y de una manera radical, nuestras perspectivas de acercamiento a la tradición. Privado de su contenido histórico, el relato de los analistas sobre los primeros tiempos de Roma tiene solamente un valor literario, de manera que hasta que no se demuestre su historicidad a partir de elementos exteriores a la propia tradición, su estudio nos conducirá únicamente hacia el conocimiento de las mentalidades —personales, sociales, etc.— que crearon esa pseudo-historia.

Ahora bien, esto no implica ni mucho menos renunciar a la reconstrucción histórica de los orígenes de Roma, pero para que todo intento al respecto repose sobre una base metodológica firme, el historiador tiene que prescindir de los relatos tradicionales y prestar por el contrario una especial dedicación a otros tipos de fuentes. Entre estas últimas se encuentran varias que pueden proporcionar una valiosa información, como son por ejemplo la historia de las religiones o la lingüística, pero

entre todas ellas ocupa un lugar privilegiado sin duda alguna la arqueología, ya que constituye un testimonio vivo y nunca manipulado por los diferentes intereses, ofrece un abundante material susceptible de informar sobre aspectos económicos y sociales, sus datos están ausentes en el relato tradicional y finalmente proporciona esas coordenadas de tiempo (cronología) y espacio (Roma en su entorno latino y etrusco) en las que necesariamente ha de encuadrarse una investigación histórica de estas características.

Hasta aquí, un breve resumen de este interesantísimo libro de J. Poucet. Ciertamente la presente obra llega en un momento oportuno, pues parece que de nuevo atravesamos una época de hipocriticismo frente a la tradición, en que la historicidad del relato tradicional se da por supuesta, sin someterlo en muchas ocasiones a un intenso tamizado crítico, situación que en algunos autores puede ya calificarse de total candorosidad por esa creencia ciega que depositan en las antiguas tradiciones. La crítica abierta, en ocasiones muy dura pero siempre justa, que Poucet dirige contra tales tendencias me parece sumamente acertada, y en este sentido creo que todos deberíamos en lo sucesivo tener presente este libro como freno a los posibles excesos en que involuntariamente podamos caer. Sin embargo, el libro de Poucet no es solamente negativo, en cuanto que niega una postura frecuentemente asumida en la utilización de la tradición, sino también y en mayor medida positivo, en el sentido de que afirma un postulado sobre este capítulo importante de la documentación y en consecuencia propone un método de trabajo de acuerdo con las conclusiones anteriores. De estos aspectos es de lo que voy a ocuparme a continuación.

En general concuerdo con Poucet en muchos de los planteamientos y razones que expone en la primera parte del libro, quizás la más importante del mismo. Efectivamente el historiador de los orígenes de Roma choca con unas dificultades que no se encuentran en otros campos similares sobre los *primordia*, y tales dificultades radican precisamente en las características de la documentación literaria, que quizás no haya que medir tanto en términos cuantitativos como y sobre todo cualitativos. En mi opinión, que ni muchísimo menos es mía en exclusividad, el problema fundamental de las fuentes literarias está en el hecho de que su contenido fue fijado por escrito mucho tiempo después del momento en que sucedieron los acontecimientos que relata, con lo cual su formación canónica y definitiva viene determinada por un largo proceso en el que intervienen diversos factores e intereses que han adulterado su significado originario. Todo este proceso es perfectamente analizado por Poucet (p. 48 ss.) y muy pocos reparos se le pueden oponer, pues descubre la descarnada verdad con la que debemos enfrentarnos.

Sin embargo, aun reconociendo la realidad de estos hechos, no creo que sea razón suficiente para negar totalmente a la tradición cualquier valor histórico, por pequeño que éste pueda ser. Ante todo, me da la impresión de que Poucet se ha dejado arrastrar excesivamente en sus conclusiones por aquellos aspectos que han fijado su atención más intensamente, la leyenda de Rómulo y el dualismo latino-sabino de los orígenes, probablemente los dos mayores fraudes cometidos por los analistas para esta época. Pero al margen de esto, existe en mi opinión un planteamiento en cierta medida erróneo. Como antes señalaba. Poucet parte de la base de que la tradición por sí misma no sirve para establecer su propia historicidad, por lo cual hay que acudir a elementos externos que confirmen ese valor histórico que supuestamente se le concede, destacando al respecto el valor de la arqueología como vía fundamental para alcanzar tal propósito. En mi opinión no se debe hablar tanto

de «confirmación» sino sobre todo de «convergencia» de datos. Efectivamente la arqueología y las fuentes literarias no aportan los mismos datos históricos, puesto que cada una tiene su propio campo de acción, intereses individuales y en definitiva diferentes protagonistas, y por todo ello es sumamente difícil hacerlos coincidir con una precisión casi matemática. Este presupuesto, característico de la historia de la Antigüedad en general, se presenta todavía con una problemática superior para la época primitiva de Roma por las razones documentales de todos conocidas.

Veamos un ejemplo sencillo para comprender mejor esta situación, aunque el caso que voy a considerar, el origen de Tarquinio Prisco, rebase ligeramente el marco cronológico fijado en el libro de Poucet. Los analistas nos ofrecen sobre este acontecimiento un relato extraordinariamente elaborado, formado a partir de tradiciones de muy diferente signo (la leyenda de Demarato, la «historieta» de Lucumo y Arrunte, la propia historia de Tarquinio en Roma, etc.) y no siempre unidas con criterios acertados, de manera que el resultado final no deja de ser un tanto novelesco y artificial. La arqueología evidentemente no puede confirmar la historicidad de cada una de las partes que componen el relato tradicional, y ni mucho menos éste considerado en su conjunto. Lo único que aportan estas fuentes es el hecho de que coincidiendo con los años tradicionales del reinado de este monarca, el Lacio, Roma incluida, se ve masivamente invadido por productos de fabricación etrusca, ofreciendo un panorama que G. Colonna acertadamente definió como «il trionfo della etruschizzazione del Lazio» («Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio», en *PCIA*, II, 1974, p. 314). Por su parte la epigrafía, testimonio que no se debe descuidar para el estudio de esta época, nos informa que el Lacio era frecuentado por elementos etruscos distinguidos socialmente a lo largo del siglo VII, algunos de los cuales se establecieron en sus ciudades (cf. la inscripción *vetusia* de Praeneste: últimamente M. Cristofani, en *Civiltà degli Etruschi*, Milano, 1985, p. 128, n.º 5.1). Como se puede observar ninguna de estas dos últimas fuentes puede confirmar la historicidad del relato tradicional, pero todas convergen en última instancia en un mismo punto, a saber la presencia en el Lacio y en Roma en los años finales del siglo VII de elementos de origen etrusco socialmente distinguidos, lo cual permite afirmar con bastante grado de certeza que la tradición sobre el origen de Tarquinio es portadora de un valor histórico, esto es que en el último cuarto del siglo VII un personaje de origen etrusco, perteneciente a un estrato social superior, se estableció en Roma y alcanzó el trono por caminos normales, hecho que se explica perfectamente por sí mismo sin necesidad de acudir a reconstrucciones que, como bien dice el propio Poucet, no son sino elaboraciones modernas de antiguas tradiciones (véase por ejemplo la explicación, afortunadamente ya muy superada, de A. Alföldi sobre este acontecimiento en *Early Rome and the Latins*, Ann Arbor, 1965, p. 202 ss.).

A esta propuesta ciertamente se le pueden poner objeciones que no se me escapan. Se podrá decir con razón que cuanto más nos elevemos en el tiempo, si las posibilidades de confirmación desaparecen por completo, las de convergencia se hacen sumamente difíciles hasta terminar sufriendo la misma suerte que las anteriores. Es algo que no pongo en duda; pero creo que el método tiene suficientes ventajas para merecer la pena desarrollarlo hasta sus últimas consecuencias, pues es en mi opinión la única manera de salvar del naufragio aquellos elementos del relato tradicional que todavía son recuperables como portadores de un valor histórico.

El análisis de la tradición sobre la Roma pre-republicana no debe considerarse como un conjunto unitario, sino que es absolutamente preciso distinguir diversas

etapas. En primer lugar, una división lógica se impone, siguiendo los criterios de Poucet, entre el llamado período «etrusco» y las fases más antiguas, pues aun situándose ambos dentro de un contexto con muchos elementos comunes, no cabe la menor duda de que respecto al primero de ellos la tradición adquiere una base menos insegura (cf. J. Heurgon, *Roma y el Mediterráneo occidental*, Barcelona, 1971, p. 155; J. Poucet, «Le premier livre de Tite-Live et l'histoire», *LEC*, XLIII, 1975, p. 348). A este hecho contribuyen en mi opinión fundamentalmente dos factores: por un lado, el desarrollo cultural que Roma experimenta a lo largo del siglo VI y que se manifiesta entre muchas otras cosas en una mayor utilización de la escritura y en las obras públicas y monumentales levantadas en la ciudad; por otra parte, hay que destacar asimismo las estrechas relaciones que Roma mantenía con griegos y etruscos, portadores en esos momentos de una tradición cultural muy superior.

Pero aun dentro de las fases más antiguas, precisamente de aquellas que contempla el estudio de Poucet, conviene hacer drásticas divisiones, pues no todas gozan de idénticas características. En primer lugar tenemos el período correspondiente a la prehistoria romana, anterior a la fundación de la ciudad por Rómulo. Aquí existen dos grupos de tradiciones, el primero hace referencia a la dinastía albana y el segundo a héroes griegos estrechamente vinculados a los orígenes latinos. Sin lugar a dudas puede afirmarse que tanto uno como otro son el resultado de elaboraciones tardías, construidas a partir de esquemas legendarios griegos e incluso con participación directa de autores griegos. Este tipo de leyendas no es exclusivo de Roma o del Lacio, sino que se encuentran en los restantes pueblos itálicos, sirviendo todos en su conjunto a un mismo fin: vincular sus respectivos orígenes con el mundo griego. En este sentido, tratar de buscar una confirmación histórica a tales mitos poniéndolos en relación con los hallazgos, por lo demás escasísimos, de material arqueológico micénico en ambiente etrusco-latino, me parece un craso error metodológico, por lo que no puedo menos que compartir abiertamente las críticas que con toda razón dirige Poucet a todos aquellos que, como E. Peruzzi muy especialmente, ven en tales relatos la manifestación legendaria de unos acontecimientos históricos que en realidad nunca llegaron a suceder.

Ciféndonos ahora al caso más concreto de Roma, generalmente se estudia su primer período monárquico, es decir el comprendido entre Rómulo y Anco Marcio, como una unidad. Sin embargo, para el problema que nos atañe en estos momentos, el de la historicidad del relato tradicional y las perspectivas de su estudio, creo que sería más conveniente separar a Rómulo de sus sucesores y distinguir así dos fases, pues si problemática es la historicidad de cada uno de los reyes, en el caso concreto de Rómulo tal duda desaparece por completo, ya que este personaje es en todo una creación legendaria. Según mi parecer, el hecho de considerar esta fase de la monarquía romana como un cuerpo unitario descansa, entre otras causas, en la aceptación más o menos implícita de las doctrinas de G. Dumézil, línea en la que parece integrarse Poucet. Según la conocida teoría de G. Dumézil, los reyes de Roma no constituyen sino una manifestación más de la ideología de las funciones inherente a la mentalidad de los pueblos indo-europeos; serían en definitiva la expresión de la mitología trifuncional: Rómulo y Numa asumen conjuntamente la función soberana, el primero en su vertiente política y Numa en la religiosa; Tulo sería el representante de la segunda función, la guerrera, y finalmente Anco vendría a encarnar la tercera, la de fecundidad (una exposición sumaria de esta teoría puede encontrarse en G. Dumézil, *Mito y Epopeya*. I, Barcelona, 1977, p. 253 ss.). Aquí, como en general en otras muchas aplicaciones de su teoría, creo que G. Dumézil se equivoca. Como dice

A. Momigliano, «Dumézil è indiscutibilmente un interprete fine di testi, ma di testi scelti» («Premesse per una discussione su Georges Dumézil», *Opus*, II, 1983, p. 340), ya que la realidad de la antigua mentalidad romana es mucho más compleja, con lo que se corre el grave riesgo de intentar simplificar excesivamente las cosas aplicando indiscriminadamente esta teoría ciertamente bien urdida, pero sin un sólido fundamento con valor universal, como pretende su creador.

De toda la exposición que sobre los reyes de Roma hace Dumézil, y que acabo de resumir, tan sólo un punto me parece acertado, si no en su explicación, sí al menos en su resultado: la atribución a Rómulo y a Numa de un papel de soberanía. Sin embargo, las razones que explican el por qué de estas características que la tradición concedió a los dos primeros reyes de Roma, no cuadran con el enfoque que propone Dumézil. Comencemos con el ejemplo de Rómulo.

Como ya puso de relieve D. Musti (*Tendenze nella storiografia romana e greca su Roma arcaica*, Roma, 1970), dos eran las preocupaciones más profundas de los primeros analistas frente a la historia más antigua de su ciudad: por un lado, vincularla en lo posible al mundo griego, y por otro tratar de desetrusquizarla. La figura de Rómulo viene a ser en buena medida el resultado de esta doble preocupación. Por una parte su vinculación al mundo griego se establece genealógicamente, a través de la dinastía albana que se remonta hasta el propio Eneas; pero también puede observarse por vía funcional e ideológica, pues al hacerle fundador de la ciudad, asumió las características del *οἰκιστής*, función desconocida originariamente en el mundo itálico y que fue introducida en los relatos tradicionales precisamente por la influencia griega. A partir de este último punto, adquiere entonces toda su significación la segunda preocupación a que antes hacía referencia, puesto que el hecho fundacional de la ciudad comprende lógicamente la creación de aquellas instituciones que servirán de marco político y social al desarrollo de la nueva comunidad, y así vemos cómo son atribuidas a Rómulo instituciones que en realidad corresponden al periodo «etrusco» de Roma. En síntesis, la figura y la gesta de Rómulo no pueden considerarse como portadoras de un núcleo histórico, ya que la tradición no se apoya en bases fiables y tampoco puede invocarse la ayuda de la arqueología, la cual ofrece un panorama en total desacuerdo con los datos literarios. Así pues, es necesario coincidir con Poucet en la justa apreciación que este investigador hace sobre la total carencia de historicidad en el relato tradicional de Rómulo.

Ahora bien, me parece que éste ya no es completamente el caso de los otros tres monarcas romanos considerados en este libro: Numa Pompilio, Tulo Hostilio y Anco Marcio. Yo no pretendo desarrollar en las líneas que siguen todos los argumentos posibles para intentar probar la historicidad de tales personajes y de los acontecimientos que conforman sus respectivas historias. Para ello requeriría disponer de un espacio que sobrepasa ampliamente los límites de un simple comentario. Además soy plenamente consciente, y en ello comparto la opinión de Poucet, de que gran parte de los hechos atribuidos por el relato analístico a estos reyes carecen de fundamento histórico, siendo producto de esa mecánica de formación de la tradición que tan acertadamente nos descubre Poucet. Mi intención se limita aquí a señalar tan sólo algunos puntos que según creo merecen cierta consideración, pues al aplicar el método a que antes hacía referencia, pueden enriquecer de alguna manera nuestras perspectivas para un mejor conocimiento de la historia más antigua de Roma.

En primer lugar disponemos de un dato ciertamente controvertido, pero no lo suficiente para negarle *a priori* el valor que indudablemente contiene, dato que nos lo proporcionan los propios nombres de los reyes. El primer problema que se plantea se

centra en la existencia misma de la fórmula onomástica bimembre en el Lacio durante el siglo VII a.C. y la solución no es fácil debido a la escasa documentación de que se dispone. En Etruria, donde los testimonios epigráficos son más abundantes y antiguos, su utilización aparece ya perfectamente atestiguada en la primera mitad del siglo VII, aunque todavía limitada, por lo que su origen es situado por M. Torelli en el curso del siglo anterior, en concomitancia con el surgimiento de la aristocracia, creadora en definitiva del gentilicio (M. Torelli, *Storia degli Etruschi*, Bari, 1981, p. 71 ss.). En el Lacio la escasez de textos epigráficos arcaicos no permite ir tan lejos sobre bases seguras, ya que el primer ejemplo conocido de fórmula bimembre es quizás la célebre inscripción sobre vaso de Tita Vendia, fechada en las postrimerías del siglo VII, y el uso generalizado de esta fórmula no se documenta en la epigrafía sino hasta el siglo V, cuando por otras vías se sabe con seguridad que ya estaba plenamente establecida. Sin embargo, por otros indicios puede suponerse que en el Lacio se utilizaba el segundo elemento onomástico ya en el siglo VII, como pueden ser la designación de algunos topónimos muy antiguos a través de un gentilicio (cf. G. Colonna, «Nome gentilizio e società», *SE*, XLV, 1977, p. 180 s.), la presencia de destacados individuos etruscos en el Lacio, el nacimiento de la aristocracia en la víspera del período orientalizante (C. Ampolo, «Su alcuni mutamenti sociali nel Lazio tra l'VIII e il V secolo», *DdA*, IV-V, 1970-1971, 37-99), etc., todo ello teniendo presente además que los reyes, por la posición que ocupaban, son claros exponentes de la élite de esa aristocracia.

Los *praenomina* reales ofrecen un panorama muy arcaizante. Numa y Anco son dos verdaderos *unica* en los registros onomásticos latinos (naturalmente no considero como válido ese Numa Marcio mencionado por Livio, I.20.5, personaje inventado a propósito para vincular a Anco Marcio con Numa Pompilio), mientras que Tulo, aun siendo menos desconocido, no puede decirse de él que sea un *praenomen* corriente, pues tras los ejemplos de Tulo Accio —jefe volsco del relato de Coriolano (Dion., VIII.1.4; Plut., *Cor.*, 22.1; Cic., I.1)— y de Tulo Cloelio —embajador romano del año 438 (Liv., IV.17.2; Cic., *Phil.*, IX.2.5; Plin., *Nat. Hist.*, XXXIV.23)— sigue la misma suerte que los anteriores. En cuanto a los *nomina*, hay que destacar en primer lugar que muy probablemente deriven todos ellos de patronímicos (no comparto la opinión contraria de G. Franciosi, en *Ricerche sulla organizzazione gentilizia romana*. I, Napoli, 1984, p. 19 ss.), estructura antiquísima de formación del gentilicio y característica además de elementos socialmente distinguidos (cf. H. Rix, «Zum Ursprung des römisch-mittelitalischen Gentilnamensystems», *ANRW*, I.2, 1972, p. 217 ss.; M. Cristofani, *Introduzione allo studio dell'etrusco*, Firenze, 1973, p. 116 ss.). Por otra parte, y como ya ha sido destacado en varias ocasiones (por ejemplo J.-C. Richard, *Les origines de la plèbe romaine*, Paris, 1978, p. 223 ss.), las *gentes* que llevaban estos *nomina* no tuvieron influencia sino hasta momentos muy avanzados del período republicano, cuando la lista real ya estaba definitivamente formada. ¿Cómo explicar entonces estos datos? Por un lado se puede suponer que los nombres de los reyes sean una ficción más de los analistas, lo cual no me parece probable, pues significaría una investigación previa por parte de estos últimos sobre la onomástica arcaica romana para proceder a continuación a una invención consciente, sin ninguna finalidad práctica. Más verosímil me parece la hipótesis formulada hace ya muchos años (G. De Sanctis, *Storia dei Romani*, I, Firenze, 1980, pp. 369 ss.) y aceptada después por gran número de investigaciones, según la cual los reyes de Roma pueden ser considerados personajes históricos, excepción hecha naturalmente de Rómulo.

La probable historicidad de los monarcas, denunciada por sus nombres, no puede llevarnos sin embargo a conclusiones exageradas, pues lógicamente esto no quiere decir que la lista real sea un documento auténtico comparable a los Fastos republicanos, ya que el número de reyes con total seguridad fue superior a tres y las cronologías absolutas de sus respectivos reinados son totalmente falsas. No obstante, la admisión de la historicidad de los monarcas significa un gran paso adelante, lo cual adquiere todo su valor en cuanto analicemos el por qué de su pervivencia frente a otros, anónimos, que pronto cayeron en el olvido. En mi opinión este hecho se debe quizás no tanto a la propia personalidad del monarca en cuestión, sino sobre todo a su vinculación a un (o unos) acontecimiento considerado fundamental por la tradición.

Desde esta perspectiva, el caso de mayor trascendencia lo constituye el reinado de Numa, cuya figura gira alrededor de su reforma religiosa, centrada fundamentalmente en el capítulo sacerdotal. Según he intentado mostrar en un reciente artículo (J. Martínez-Pinna, «La reforma de Numa y la formación de Roma», *Gerión*, III, 1986, 97-124), la «época de Numa» es perfectamente definible a través de las diversas fuentes, siendo por ello un ejemplo destacado de convergencia de datos. Por un lado, la arqueología nos muestra que con el período IVA de la cultura lacial se producen importantes transformaciones en Roma, significando en definitiva la constitución de una comunidad unificada y organizada: durante la fase III la distribución del poblamiento se repartía por las alturas del Palatino y del Esquilino, con pequeños grupos diseminados por el *hinterland* del Quirinal y probablemente también en el Capitolio; a comienzos del período siguiente se documenta un acontecimiento de gran importancia, como es la ocupación, ya con visos de continuidad ininterrumpida, de las partes bajas de Roma, demostrada por los hallazgos domésticos en diferentes áreas del valle del Foro y en el Foro Boario, así como los primeros testimonios seguros en la Velia. Este dato arqueológico coincide con aquellos que obtenemos a partir de análisis de determinadas tradiciones topográficas y religiosas: el clima de violencia que se observa en la festividad del *Equus October* y en la existencia del *murus terreus Carinarum*, es superado por la situación reflejada por el *Septimontium* y por las tradiciones referentes al *ager romanus* más antiguo, que ofrecen en conjunto el cuadro de una Roma unificada y perfectamente definida. Tal acontecimiento trascendental requería una nueva organización política, plasmación del compromiso unificador, y en mi opinión la encontramos en la reforma sacerdotal llevada a cabo por Numa, interpretada por la analítica en clave exclusivamente religiosa para conceder a Rómulo el beneficio político que automáticamente le confería su papel de fundador de la ciudad, pero que en realidad rebasa ampliamente ese estrecho marco para convertirse en la primera «constitución» que conocieron los romanos. Poucet concede muy poco crédito al relato tradicional sobre la reforma numaica, sobre todo al testimonio fundamental de Dionisio de Halicarnaso (p. 106, n. 105), oponiéndose al planteamiento —acertado en muchos puntos según mi opinión— de L.-R. Ménager («Les collègues sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome», *MEFRA*, LXXXVIII, 1976, p. 456 ss.); sin embargo, a la luz de los datos arqueológicos y topográficos, el camino tomado por Ménager me parece válido y puede contribuir extraordinariamente a una mejor explicación de la historia de la Roma primitiva.

Por lo que se refiere ahora a Tulo Hostilio, coincido en general con Poucet, pues salvo su nombre, poco puede salvarse en el relato que de su reinado nos ha transmitido la tradición. Al contrario de Numa, que pervivió gracias a su propia obra, Tulo consiguió pasar a la posteridad gracias a los demás, puesto que apenas si

fue en un solo momento protagonista de su propia historia. La gesta de Tulo gira en torno a la conquista de Alba, y en ella fue arrastrado por la hazaña de los Horacios, auténticos protagonistas que relegan al monarca a un plano muy secundario (cf. P. M. Martín, *L'idée de royauté à Rome*. I, Clermont-Ferrand, 1982, p. 249). Únicamente en los aspectos judiciales del relato emerge la propia figura real, aunque la anticipación de los analistas es evidente, como bien señala Poucet (p. 220 s.) a propósito de la muerte de Horacia. Sin embargo, creo que habría que analizar con mayor detalle el otro episodio legal, el castigo de Mettius Fufetius, portador probablemente de una situación judicial muy arcaica.

Respecto a Anco Marcio, bien dice Poucet que nos encontramos «en présence d'une matière très délicate» (p. 223), pues frente a algunas noticias ciertamente anacrónicas, otros elementos del relato tradicional de su reinado tienen un cariz diferente, sobre todo aquella parte dedicada a la política exterior. Poucet (p. 149 ss.) niega la historicidad de las conquistas de Anco alegando la ausencia de una confirmación arqueológica clara. Sin entrar en el tema de la fundación de Ostia por este monarca, aspecto que requiere una investigación profunda sin dejarse llevar excesivamente por los datos literarios (cf. Poucet, p. 152 ss.), las noticias referentes a Politorium y Ficana me parece que deben tratarse de otra manera. Poucet basa su negativa en dos puntos: en primer lugar, es muy difícil creer que Roma estuviera en disposición de alcanzar una «hegemonía» en el Lacio en la segunda mitad del siglo VII, pues a través del material arqueológico puede comprobarse que era menos rica y más atrasada que muchas de sus vecinas del Lacio; en segundo lugar, tanto en Ficana como en Castel di Decima la vida continúa a lo largo del siglo VI, lo cual invalida la noticia sobre la destrucción de estos centros y el traslado de su población a Roma.

En cuanto al primer punto, esta apreciación de Poucet no me parece del todo acertada, pues en gran medida descansa en el argumento *ex silentio* de la documentación arqueológica. Ciertamente Poucet tiene razón cuando afirma, ciñéndose a los datos disponibles, que en Roma no se conocen tumbas tan ricas como las de Praeneste o Decima y que el bucchero hizo su aparición en Roma en fecha más tardía respecto a otros centros latinos. Sin embargo, estos datos no pueden oscurecer a otros que tomados aisladamente indicarían justo lo contrario, como son la mayor presencia en Roma de cerámica griega de importación (E. La Rocca, en *Civiltà del Lazio primitivo*, Roma, 1976, p. 368) o la extensión del poblamiento romano, notablemente superior a la de cualquier otro centro del Lacio (véase el cuadro comparativo de C. Ampolo, en *La formazione della città nel Lazio*, *DdA*, II, 1980, p. 175).

En cuanto al segundo punto, creo que pueden ser muy reveladoras las siguientes palabras de J.-C. Richard: «Puisque, de tout évidence, la physionomie de ce site [Castel di Decima] se modifie vers la fin de cette période [siglo VII], même s'il semble avoir été habité au VI^e siècle encore, cette découverte réhabilite au moins partiellement le témoignage des anciens relatif à la geste d'Anco qu'il n'est donc plus question de réduire à un sous-produit de la pseudo-histoire» (*Les origines de la plèbe romaine*, p. 277). En efecto, como anteriormente señalaba, es sumamente difícil, por no decir imposible encontrar una confirmación arqueológica estricta a datos concretos proporcionados por las fuentes literarias, y mientras los resultados obtenidos por uno y otro camino no estén en total y completa oposición, no puede desecharse por entero ninguno de ellos a no ser mediante la propia crítica interna perfectamente razonada (cf. G. Bravo, «Los niveles de reconstrucción histórica: imagen, descripción, explicación», en *II Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias*, Oviedo, 1984, p. 544 ss.). En el caso presente nos encontramos con un

ejemplo muy claro de esta afirmación, pues a lo ya dicho por Richard sobre Decima, se puede añadir el siguiente dato sobre Ficana: efectivamente este centro latino no fue destruido en la segunda mitad del siglo VII y la vida continuó en él durante el siglo siguiente, pero el hecho fundamental se encuentra en que al contrario de Roma y de otros muchos poblamientos del Lacio, Ficana no alcanzó el rango de *civitas* en las postrimerías del siglo VII, suponiendo en consecuencia una grave interrupción en su proceso evolutivo (T. J. Cornell, «Rome and Latium Vetus. 1974-1979», *AR*, 1979-1980, p. 88; M. Cataldi Dini, «Ficana: saggio di scavo sulle pendici sud-occidentali di Monte Cugno», en *Arch. Laz.* 4, *QuadAEL*, V, 1981, p. 285). En mi opinión, la relación entre ambos datos es manifiesta y no puede dejar de establecerse.

Pese a todas las dificultades que presentan los testimonios literarios, su utilización sigue siendo necesaria para el estudio de la Roma primitiva. Cierto es que en su mayor parte el relato tradicional es una elaboración absolutamente artificial, pero contiene asimismo elementos verdaderos reflejo de una realidad histórica: las «cuestiones de significación», que tan admirablemente desarrolla Poucet en el último capítulo de su libro, quizás alcancen ahora su completa realización, es decir, la necesidad de una lectura no literal de las fuentes tradicionales y de aprehender el sentido profundo que éstas intentan transmitirnos. Sólo a través de un esfuerzo de tales características podremos comprender ese valor histórico que, aunque minimizado ante los imperativos de la leyenda, todavía lleva consigo el relato literario, y para alcanzar este propósito, el estudio pormenorizado de las fuentes literarias se ofrece como el vehículo más idóneo.

Sin embargo, estas últimas por sí solas muy poco pueden contribuir aún al avance en el estudio de esta fase de la historia de Roma; se precisa el recurso a otras disciplinas y tipos de documentos. En este sentido, también tiene razón Poucet cuando subraya el enorme interés que tiene la arqueología para el estudioso de los *primordia* romanos. Verdaderamente los documentos arqueológicos superan en importancia a las fuentes literarias, hecho que viene determinado sobre todo por las particularidades de estas últimas más que por la propia calidad del documento arqueológico en sí. Constantemente ha de tenerse en cuenta que la arqueología por sí sola, sin que exista posibilidad de contraste con cualquier otro tipo de testimonio, puede ser maestra de errores, pues como dice M. Pallottino refiriéndose a la arqueología protohistórica itálica, «non sembrerà esagerato affermare che ciò che ignoriamo è la regola e ciò che conosciamo è la eccezione» («Le origini di Roma: considerazioni critiche sulla scoperte e sulle discussioni più recenti», *ANRW*, I.1, 1972, p. 28).

La arqueología ha proporcionado sin duda alguna una guía insustituible por el momento para el estudio de los orígenes de Roma, no sólo en un sentido negativo, destruyendo las reconstrucciones artificiales de los analistas, sino también y sobre todo positivamente, pues ofrece un gran número de datos de importancia capital, como la cronología y las diferentes fases por las que atravesó Roma hasta convertirse en ciudad a finales del siglo VII. Sin embargo, la interpretación de tales datos no es tarea fácil, y prueba de ello son los diferentes esquemas que se han propuesto para explicar el proceso de formación de Roma, sin que hasta el momento ninguno de ellos logre satisfacer por completo. Tan sólo a partir del orientalizante la situación comienza a ser más clara, y es también a partir de entonces cuando precisamente ya se puede disponer de noticias literarias, bien sea bajo la forma de relato histórico bien a propósito de cualquier institución cuyo recuerdo conservaron los anticuarios.

Un ejemplo palpable de los límites de la arqueología lo encontramos al estudiar la historia del pueblo etrusco. Aquí disponemos de una amplia y variada información arqueológica, pero las deficiencias en el conocimiento de su epigrafía y la casi total ausencia de fuentes literarias imposibilitan una profundización segura en el estudio. La evolución política de las ciudades, su estructura económica y social e incluso el mundo religioso, son aspectos importantísimos de la civilización etrusca conocidos muy someramente, y así vemos cómo los especialistas (cf. últimamente M. Torelli, *Storia degli Etruschi*, Bari, 1981) basculan sobre el modelo griego o romano, según las circunstancias o la facilidad de aplicación de uno de ellos, para tratar de colmar con un método comparativo, que por cierto no siempre resulta fiable, los graves inconvenientes de la documentación: si dispusiéramos de una mínima parte de la literatura etrusca, sin duda el cuadro sería muy diferente a como lo vemos en la actualidad.

En mi opinión, el balance final de este libro del profesor Poucet es extraordinariamente positivo y válido. Yo me he limitado tan sólo a comentar algunos aspectos en los que discrepo con las ideas expresadas por Poucet; sin embargo, los puntos de contacto son muy superiores a los de disconformidad. Pero al margen de las opiniones, el autor nos ofrece un panorama notablemente sugestivo de los entresijos de la tradición literaria, descubriendo las claves de la mentalidad y de los determinantes que condicionaron la labor de los analistas, y todo ello ha de valorarse muy positivamente, pues ayuda en gran manera a comprender este importante grupo de información y en definitiva un elemento muy destacado de la civilización romana, como es la actitud de los antiguos romanos frente a su pasado más remoto. Poucet ha realizado con esta obra un importante esfuerzo de información y análisis, no sólo de los datos documentales sino también de la producción investigadora más reciente, como sobradamente lo muestra la imponente relación bibliográfica que cierra el libro.

Se esté o no de acuerdo con las conclusiones de Poucet, por el planteamiento y la originalidad que ofrece, esta obra ha de estar necesariamente presente a partir de ahora en todas las investigaciones que se lleven a cabo sobre los orígenes de Roma. Cada capítulo, cada apartado del mismo puede constituir el punto de arranque de una apasionante discusión que sin duda será de gran beneficio para todos. Por todo el conjunto de los datos que ofrece, el libro de Poucet goza de todos los elementos necesarios para convertirse en una obra polémica. Y esta opinión no ha de tomarse como un simple comentario, sino más bien como un deseo e incluso como una esperanza de que suceda de este modo. De no ser así, sería un triste aviso de que nuestra disciplina estaría agonizando.

JORGE MARTÍNEZ-PINNA

Universidad Complutense

A. CAPIZZI, *Platone nel suo tempo: l'infanzia della filosofia e i suoi pedagoghi*. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1984, 288 p. («Filologia e critica» 50).

«Platone nel suo tempo» significa —si legge in quarta di copertina 'Platone ben dentro la storia'», anzi, «un Platone ben dentro la 'caverna' e ben fuori dal 'mondo della idee'; un Platone cresciuto in un ambiente oligarchico (...), frustrato dall'Atene.